

La clave está en el nombre

Lucas 10: 16-20

Pastor Eddie Ildefonso

Hay una sola fuente de poder en el servicio, Su nombre; hay una sola fuente de gozo en el servicio, nuestro nombre inscrito en el cielo. Hago una reflexión sobre **Lucas 10:16-20** y reto a que todo servicio en las misiones se haga en el poder de Cristo y que cuidemos en donde fundamos nuestro gozo, pues este puede ser una trampa.

En **Lucas 10:1, 16–20**, Jesús envía en misión a un grupo de sus seguidores y les da una serie de instrucciones y advertencias. Un par de esas indicaciones nos pueden sorprender. En **primer lugar**, los envía a efectuar exactamente lo que él siempre hacía: predicar el evangelio del reino de Dios pero acompañando su mensaje con obras poderosas de compasión por la gente afligida y oprimida, es decir, por medio de obras milagrosas. **En otras palabras, los envió con la plena autoridad y el poder que le pertenecen a él.**

En **segundo lugar**, cuando regresan gozosos por el éxito de su misión, Jesús les advierte que tengan cuidado con el tipo de felicidad que se basa en el éxito ministerial: **“Amigos, yo conozco a uno que era mayor que ustedes; mucho más poderoso, hermoso y exitoso que ustedes, pero que también cometió el error que ustedes están a punto de cometer: se envaneció su corazón, y cayó del cielo como un rayo”**. Jesús entonces, procede a darles el secreto del verdadero poder espiritual y del verdadero gozo.

Su nombre: nuestro poder

Hay varias lecciones que pueden obtenerse de este evento. Analicemos la primera: la misión de la iglesia es una misión de poder. En el **capítulo 9 de Lucas**, el Maestro les dio autoridad y poder a **los Doce** sobre todos los demonios y para operar sanidades, y los envía a predicar el reino de Dios. En el **capítulo 10** hace lo mismo, pero con **los setenta**, quienes se sorprenden y se gozan porque los demonios se les sujetan **“en su nombre” (Lucas 10.17)**.

El punto es que todos los cristianos estamos llamados a una misión poderosa. Jesús nos da la facultad de ir en su nombre y nos da el poder y la autoridad también. Nos manda a hacer exactamente lo que él haría de estar presente físicamente con nosotros, pero ahora, **lo hace por medio de nosotros, la iglesia local, su cuerpo**. Esto nos recuerda que todo cristiano está llamado a actuar **“en su nombre”**. Esto sin embargo, no se limita a realizar obras extraordinarias o sobrenaturales, sino que se extiende a lo sencillo de la vida. Jesús dijo, **“cuando le hablas a otro en mi nombre; le sirves a otro en mi nombre, le das agua al sediento en mi nombre, vistes al desnudo en mi nombre, visitas al preso y al enfermo en mi nombre, yo vengo a esa persona por medio de tí”**. Esto implica que si nos acercamos a la vida del otro por medio del servicio, lo hacemos en el poder y con la autoridad de Cristo; sus palabras, su amor y su gracia llegan al otro por medio de nuestras palabras, nuestro amor y nuestra gracia.

Además, si nos fijamos cuidadosamente, veremos la tremenda implicación que tiene para nosotros —seguidores de Cristo y comunidad de fe— el actuar en su nombre. Significa que *cada cristiano tiene una misión única y singular a la cual ha sido llamado, pero en el poder y con la autoridad de Jesús*. **Muchos se distraen con otros temas**, como el exorcismo y la operación de milagros, y pierden de vista la esencia de la misión: el servicio. Empero, no es necesario ser un predicador ni un obrador de grandes y espectaculares milagros para probar que la tarea se ha hecho en el poder y la autoridad de Jesús. Podemos ofrecer un vaso de agua **“en su nombre”** (véase **Mateo 25.34–40**) y con esa simple acción ya estamos actuando como él quiere.

Ahora, ¿qué significa **“en su nombre”**? ¿Será que cada vez que actúo debo anunciar que lo hice **“en el nombre de Jesús”**? ¿Es este un llamado a **“santificar”** el lenguaje? ¡No! Observe bien que en **Mateo 25**, los justos ni cuenta se daban de lo que hacían por Jesús (**“¿cuándo te vimos desnudo, sediento, hambriento, preso...?”** le preguntaron).

“En su nombre” significa, en primer lugar, que salimos a servir a este mundo con una nueva identidad: la de Cristo, no buscando nuestros intereses sino los de él. **Mateo 7** nos advierte: **“Algunos dirán predicamos, hicimos milagros y sanamos en tu nombre” y Jesús les dirá, “nunca los conocí.”**

En segundo lugar, quiere decir que cada cristiano tiene una misión y una función en particular. Servir **“en su nombre”** es darnos cuenta de que, cuando ayudamos a los demás (sanar, escuchar, visitar, vestir, reconstruir la casa de un pobre), es Dios quien en realidad obra en y por medio de nosotros. En **Efesios 2:10** Pablo nos afirma que somos salvos por gracia y que fuimos creados **“en Cristo Jesús para buenas obras”**. En resumidas cuentas, que ahora todo en nuestras vidas (hasta las malas experiencias) Dios lo une para convertirnos en servidores únicos de su Reino y nos capacita de manera tal que ciertas necesidades y ciertos males —incluso ciertos demonios— ¡solo nosotros podremos eliminar! Nos convertimos así, cada uno en particular, en personas especiales y singulares en el reino de Dios!

Si somos conscientes de esta gran verdad y la vivimos en comunidad, como iglesia, Dios nos usará y la transformación en Cristo de todas las cosas avanzará.

Nuestro nombre eterno: nuestro gozo

La segunda lección del evento es que: la misión de la iglesia de servir con una nueva identidad en Cristo produce cambios y gran gozo. Sin embargo, Jesús también ve con cautela el gozo de sus discípulos y los detiene. Ve que la base de ese gozo no es sana, es más, hasta puede resultar peligrosa. No es que él sea un **“aguafiestas”** sino que entiende que un gozo mal fundado es una amenaza para la espiritualidad de sus discípulos. Por eso los confronta.

El peligro de hacer la misión de Dios sin discernir la causa del gozo está en que el discípulo puede gozarse no en *quien es él* sino en *lo que hace*. Todos corremos el riesgo de enorgullecernos de nuestras habilidades y dones para servir a otros. Sin embargo, no

debemos olvidar que el orgullo es nuestro peor enemigo. La exhortación de Jesús en **Lucas 10:20** es clave: **“no te regocijas en el éxito de la misión, en tu habilidad de ayudar a otros con tus dones y talentos”**. Con estas breves palabras Jesús saca a la luz el gozo mal fundado.

¿Cuál es el meollo de esta crítica? Gran parte de nuestras penas y sufrimientos vienen porque *buscamos nuestro gozo en la fuente equivocada*. Nos motivamos por lo superficial y no en la esencia de las cosas; en lo temporal y no en lo eterno. Esta filosofía de vida puede observarse claramente en muchas iglesias de nuestro continente que, bajo la sombrilla de la **“prosperidad”** enseñan y animan a sus miembros a buscar el gozo y la felicidad en asuntos de carácter temporal.

El gozo del que habla Jesús no se refiere a estar felices. Lo podemos entender con la exhortación de Pablo a los filipenses a **“regocijarnos siempre” (Fil. 4:4)**. Él nos anima a que lo hagamos incluso en momentos de dolor, frustración y abandono, tales como los que él estaba viviendo cuando escribió la carta. El gozo, entonces, es el centro de consolación de nuestra existencia, aquello en lo cual nos refugiamos cuando todo sale mal y nos hace sentir **“vivos”** cuando sale bien.

El gozo también es aquello en lo cual le buscamos sentido a nuestra vida y construimos nuestra identidad. Hay personas que se pasan la vida buscando su identidad en sus logros y éxitos. Esa búsqueda no es ajena para quienes tienen un ministerio cristiano, pero en Cristo ya no es necesaria, pues Dios ya nos ha dado nuestra identidad; nuestro nombre ya está escrito en el cielo y ahí precisamente radica nuestro gozo.

Cuando Jesús reorienta el gozo de sus discípulos, no está afirmando que sentirse bien y disfrutar de nuestros éxitos, talentos inteligencia y otros bienestares sean malos. Lo que quiere evitar es que permitamos que todas esas bondades de la vida se conviertan en el eje central de nuestra existencia.

En **Lucas 10:18** Jesús enseña que lo periférico y trivial llega a ser el foco de nuestro gozo cuando después de un logro nos enorgullecemos y nos sentimos mejores o superiores que otros, o cuando al fallar nos sentimos amenazados de perder el «éxito» alcanzado, nos llenamos de ansiedad o nos sentimos derrumbados. Si usamos frases similares a las siguientes: **“sabemos que Dios nos ama porque mira cómo la gente responde»**, **«mira cómo los ayudamos”**, **“cuán eficaces somos en ayudar a la gente”**, **“cómo crecen con nuestra enseñanza”**, envenenamos nuestro espíritu. Nuestros dones, habilidades, inteligencia, belleza, familia, negocios, el compañero(a) ideal, etcétera eventualmente nos dejarán, nos fallarán, se desvanecerán con el tiempo, nos abandonarán o morirán y nos quedaremos vacíos. Pero si nuestro gozo no está puesto en estas cosas, nuestro cumplimiento de la misión que Jesús nos dio, será eficaz, no solo como individuos sino también como iglesia.

¿Qué debemos hacer entonces frente a esa enseñanza? **Ir al evangelio (Lucas 10.20b)**. Enfoquemos nuestro gozo en los asuntos eternos —**“vuestros nombres están escritos en los cielos”**—, no en los logros ni en lo que hacemos. Dios ya ha escrito nuestro nombre,

nuestra identidad ya ha sido definida por él; es una identidad de carácter eterno. Por eso, todo lo que hagamos no requiere de la aceptación de otros sino del Padre que definió lo que somos.

Si usted se siente inseguro, ansioso o temeroso posiblemente pasó por alto esta verdad. Tampoco es asunto de negar nuestros sentimientos, sino de identificar por qué uno se siente así. Puede ser que todavía esté buscando su identidad. Discierna entonces la causa de sus sentimientos. ¿Por qué se siente tan descompensado ante la crítica de otros?, ¿es posible que esté buscando su identidad en la opinión de los demás? ¿Por qué hasta un sencillo error lo hace sentir tan culpable?, ¿será que busca su propia perfección para afirmarse frente a otros?

Dios no estará al final de nuestras vidas esperando ver si calificamos o no. Él es fiel, lleno de amor y gracia y por eso no tenemos que trabajar por escribir nuestro nombre, él ya lo ha hecho por nosotros, y cuando lo lee ve un hermoso diamante.

En la medida que seamos conscientes de esta verdad, tendremos todo el poder que Dios nos ofrece para salir a servir en un mundo en el que el dolor abunda. Ya no es **“mi sangre, mi sudor, mis lágrimas”**, sino **“su sangre, su dolor, sus lágrimas”** las que nos liberan y nos convierten en un gozoso servidor. Entender y meditar continuamente en esto nos da el increíble poder de transformar nuestra vida, nuestra iglesia y, por medio de la iglesia local nuestras comunidades ...y ¡el mundo!